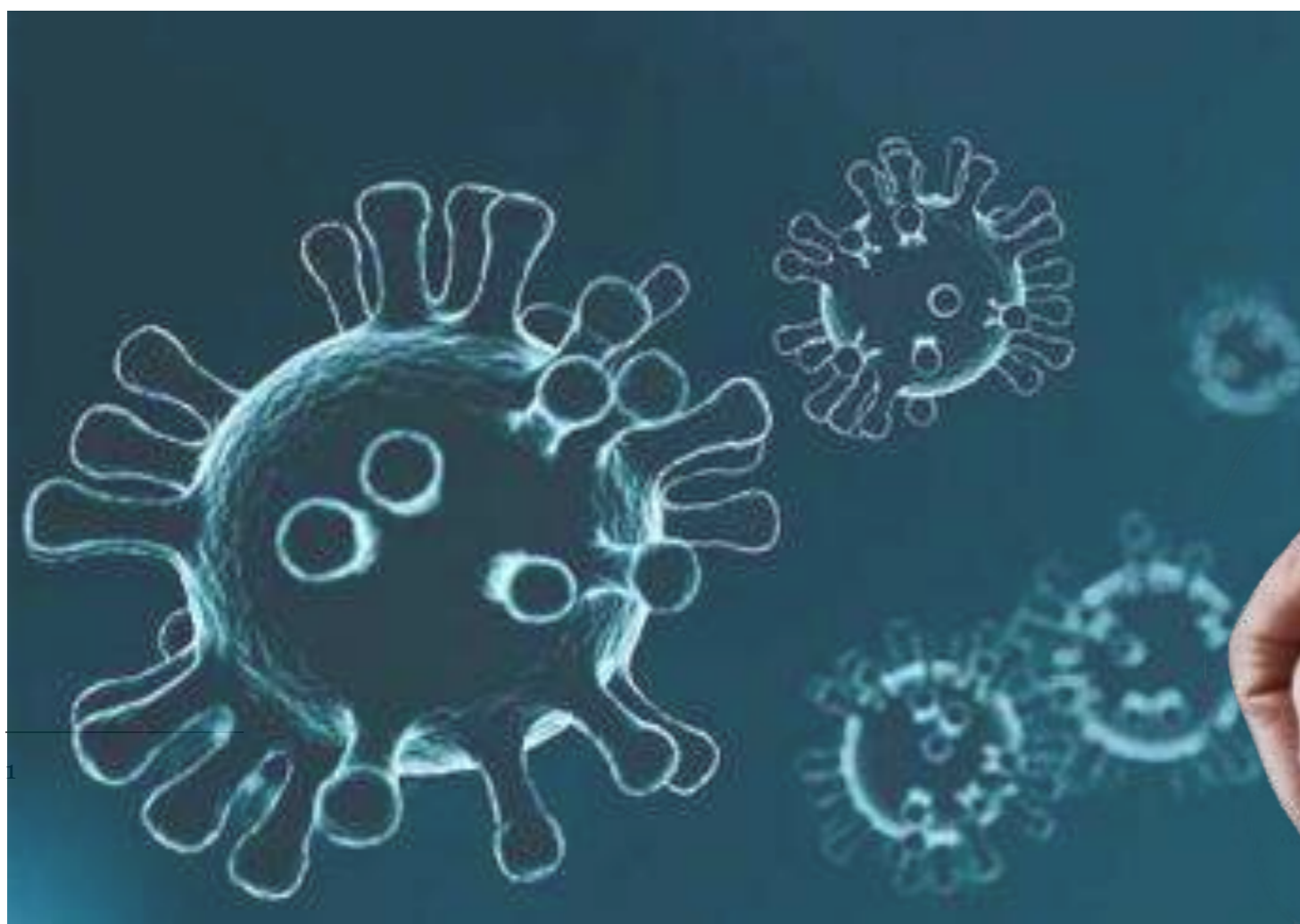


# Crear y celebrar la fe en tiempos de pandemia 2



# “Amarás a tu prójimo como a ti mismo/misma”

Lc 10,27

¿También en cuarentena?\*



**La vida doméstica se ha visto interpelada por esta pandemia, y el confinamiento nos obliga a permanecer en casa. Cada pareja, cada familia habrá hecho lo posible para reorganizar su vida y sus vínculos para adaptarse y transitar esta situación con más o menos éxito.**

Para asumir tal desafío influyen un sinfín de factores precedentes: la situación socioeconómica, las características edilicias de nuestras viviendas, la configuración familiar de quienes habitan en el mismo lugar, el tipo de ocupaciones laborales o la falta de trabajo, la salud o la enfermedad, el tipo y la forma de vínculos que supimos y pudimos construir. También nuestras creencias. Creencias en sentido amplio, es decir, aquellas convicciones y criterios de valoración con los que juzgamos los distintos aspectos de la realidad y la experiencia creyente. La experiencia de quien puede leer la historia y su biografía con una mirada de fe.

El impacto del encierro en la vida cotidiana es múltiple. Algunas familias se han fortalecido al encarar la novedad de la situación con estrategias consensuadas. Para ciertas parejas la pandemia fue el detonante de un malestar que se venía sorteando, pero el contacto permanente y la sobrecarga de actividades o la pérdida del trabajo, hizo insostenible la convivencia y la crisis estalló. En muchos casos ha provocado pérdida de intimidad, del deseo sexual, renegociaciones en el uso de los espacios y los tiempos, revisión de las pautas de cohabitación, superación de la rutina recreando la fidelidad, replanteos acerca del modo de comunicación y diálogo, redistribución de quehaceres domésticos.

Si bien los estudios realizados en el transcurso de esta pandemia dan cuenta de que la división de trabajo hogareño no ha variado sustancialmente en beneficio de una justa

implicación en las responsabilidades y en el cuidado entre los miembros de la familia, se releva que 4 de cada 10 hogares modificaron el reparto de tareas en el hogar para hacer una distribución más equitativa<sup>1</sup>. La convivencia, en algunos casos, ha visibilizado el enorme trabajo que implica para las mujeres sostener las dinámicas familiares de limpieza, orden, insumos, alimentación, cuidados de salud, acompañamiento educativo, logística, etc., mientras la oficina y la escuela funcionan en casa y no se cuenta con el invaluable trabajo del personal doméstico para quienes requieren de sus servicios.

Pongo el foco en las mujeres porque todavía siguen existiendo inequidades que sin la iniciativa y la participación activa y solidaria de todos los actores no podrán vencerse. Es un dato alentador que en algunos hogares se hayan reorganizado las dinámicas familiares para que la actividad que requiere el sostenimiento de la vida cotidiana sea colaborativa, aunque todavía falte mucho por lograr.

Hoy los miembros de las familias se han vuelto prójimos, unos/unas de otros/otras. Casi sin escapatoria. Recordando el encuentro de Jesús con aquel doctor de la ley que quería ponerlo a prueba, me preguntaba qué contestaría hoy Jesús a su pregunta: quién es mi prójimo.

---

<sup>1</sup> <https://www.unicef.org/argentina/media/7866/file>  
<https://btglatam.com/covid-19-arg/>  
<https://www.iae.edu.ar/es/LaEscuela/IAEHoy/Paginas/Como-se-han-adaptado-las-empresas-y-las-personas-a-la-realidad-de-la-conciliacion-en-tiempos-de-COVID-19.aspx>  
[https://www.clarin.com/economia/dificil-tarea-equilibrar-vida-laboral-familiar-cuarentena\\_o\\_q-gAQ6iu4.html](https://www.clarin.com/economia/dificil-tarea-equilibrar-vida-laboral-familiar-cuarentena_o_q-gAQ6iu4.html)

Si en aquel entonces nos regaló Jesús la bella parábola del buen samaritano, hoy podría agregar alguna otra comparación, acorde con el actual contexto:

En aquel tiempo una gran pandemia confinó a todos donde se encontraban. Solo podían salir quienes tenían trabajos esenciales, y el resto de la población estaba autorizada nada más a concurrir a los comercios de cercanía. En las casas, las familias, de pronto se encontraron compartiendo la vida cotidiana las 24 horas del día los 7 días de la semana. En una de esas familias, los más chicos estudiaban en la mesa de la cocina, y el abuelo, junto a ellos, intentaba arreglar un enchufe. La madre, mientras cocinaba, ponía la ropa a lavar, respondía preguntas escolares y contestaba un WhatsApp de su jefe. La quinceañera, que veía a su madre haciendo malabares, chateaba con sus compañeras de colegio para organizar un trabajo en equipo que le pedían sus docentes. Observando que su esposa estaba sobrecargada de trabajo, el marido suspendió el pago de las cuentas a vencer, guardó en la heladera el queso crema que estaba en la mesa desde el desayuno, comenzó a lavar las manzanas que habían quedado en la bolsa de las compras del día anterior, dobló los repasadores secos, los puso en el cajón, sacó la olla del fuego, le pidió a su hija que buscara el tornillo que se le había caído al piso al abuelo y a los chicos que se encargaran del escobillón y la pala.

A la pregunta: cuál te parece que se portó como prójimo de aquella mujer, podríamos contestar: quien observó, se detuvo, tomó la iniciativa y se hizo cargo.

La vida cotidiana, hoy más que nunca, nos hace descubrir que el prójimo más próximo está en nuestra casa y es nuestro pariente. Y las actuales coordenadas nos dan la oportunidad de hacer florecer nuestros buenos sentimientos teniendo la ocasión de demostrarlos (Fl 4, 10), no con gestos grandilocuentes, sino con la sencillez de quien se sabe corresponsable, de quien observa, se detiene, toma la iniciativa y se hace cargo.

Jesús nos presenta el amor a Dios y al prójimo como las dos caras de la misma moneda: “Si alguno dice: yo amo a Dios y no ama a su hermano, es un mentiroso” (1Jn 4,20).

En nuestro caso, quienes vivimos en pareja el camino del discipulado, nos convertimos en el prójimo más próximo, uno de la otra y viceversa. Por tanto, este tiempo de pandemia nos desafía a tomar conciencia de que el amor se expresa en aquellos gestos simples de la vida cotidiana, que muchas veces exceden lo debido y provocan la reconfortante certeza de sentirse amado/amada. De este modo, el amor mutuo de la pareja será modelo de relaciones interpersonales para los demás miembros de la familia.



Claro está que este tiempo pone en juego nuestra sensibilidad y muchas veces, como Pablo, aunque queramos hacer el bien es el mal el que se nos presenta (Rom 7, 21). Pero el mismo Pablo señala que en los momentos en que percibimos la mayor debilidad somos fuertes por la fuerza de Cristo (2Co 12,10).

Los vínculos en el curso de la de pandemia, ponen a prueba nuestra capacidad de escucha activa y de diálogo respetuoso, de solidaridad sin exigencias. El mandamiento del amor, como fuerza inspiradora y acción interior del Espíritu que lo derrama en nuestros corazones (Rom 5,5), sigue impulsándonos a la entrega generosa que supone preguntarnos qué haría Jesús en esta circunstancia.

Seguir a Jesús en el actual contexto familiar requiere el valor de los/las grandes. Su paciencia, su capacidad oyente y dialogal, su atención a cada persona tomándose el tiempo necesario, su compasión y ternura tanto como sus palabras interpelantes son el testimonio de un amor liberador, que nos hace bien. Estamos invitados e invitadas a tener sus mismos sentimientos (Fl 2,5), viviendo con la alegría de quien se sabe amada y amado por Dios y por nuestro prójimo más próximo, aunque a veces el amor mutuo nos exija alguna renuncia.

Esta pandemia nos sitúa entre la encarnación y la pascua, viviendo a fondo nuestra humanidad asumida y recreada en Cristo como un camino hacia la Vida plena que nos ofrece a cada instante el Espíritu del Resucitado, aquí y ahora.



## PANDEMIA COVID 19

# Resistencia y desafíos desde los pueblos andinos

**Este tiempo de Pandemia global ha desvelado muchas realidades de las que no hemos sido totalmente conscientes o no le dábamos atención oportuna. No solo la debilidad de las instituciones públicas, fruto de gestiones corruptas e ineficaces; sino también, la calidad de seres humanos que somos.**





Hemos mostrado tanto, buenas acciones de solidaridad como se ha podido desnudar los intereses personales, materiales y utilitaristas de muchas personas, instituciones públicas y empresas. Por los resultados, ha primado la satisfacción de necesidades materiales sobre la creatividad y responsabilidad de hacernos cargo unos/as de otros/as para crear espacios de compromisos colectivos de prevención de contagio.

Los pueblos andinos y en especial las zonas indígenas han sido parte, si no del olvido, de la postergación de los gobiernos locales y nacionales. Por un lado, ha sido un tiempo-espacio oportuno para mostrar su resistencia y por otro, un llamado a escuchar los desafíos que nos presentan.

### ALGUNOS SIGNOS DE RESISTENCIA<sup>1</sup>

Los pueblos indígenas caminan más de cinco siglos de resistencia, cuidando la tierra y el territorio, desde sus organizaciones tejen cosmogonías y espiritualidades, procurando la crianza mutua de la vida en todas sus dimensiones. En este contexto llega un virus importado arrebatando la vida y a la vez, dándonos una oportunidad de reordenarla.

Para el pueblo andino, el COVID 19 tiene su *ajayu* (espíritu), viene y hay que acogerlo sin molestarse y hay que despedirlo con cariño, pedirle que se vaya, ya ha hecho llorar, es hora de

que se vaya a los cerros, al mar y; una vez que se haya ido, es tiempo de agradecer y disponerse a reordenar la vida y el cosmos, saludar a una nueva oportunidad de vida, nuevo tiempo para el cosmos, para nuevos proyectos de vida. Un *Sumak kawsay, suma qamaña*, buen vivir.

Buen sector del pueblo andino, durante el tiempo de emergencia nacional, no modificó su cotidiano vivir, siguieron sus actividades agrícolas y ganaderas.

Encontraron la forma de seguir con sus fiestas religiosas, familiares y ofrendas a la Pachamama. Ritos donde se reconoce la presencia amorosa y cercana de la divinidad a lo largo de su historia. En la danza, la música, la comida y la bebida compartidas se fortalecen las relaciones, se restituye la armonía con la naturaleza, se reafirma la dignidad colectiva y se renueva la historia de los pueblos.

También, las organizaciones diversas, de mujeres, de mineros, etc. Buscaron creativa y solidariamente formas de ayudarse a mantenerse vivos. Costumbres que responden al: sentir bien, pensar bien y hacer bien juntos/as.

Esta coyuntura, sobre todo, ha permitido recurrir a todos los medios para prevenir el contagio del COVID y darse cuenta de que existe la medicina tradicional. La salud también depende de la crianza mutua que se tiene con las distintas plantas cultivables y silvestres. Éstas curan, siempre que

sepamos cómo relacionarnos con ellas para que nos brinden su espíritu sanador, basados en el respeto mutuo, el cariño, la reciprocidad y la comunicación. No sólo las plantas medicinales, sino también los alimentos. Todo ello colabora con la buena salud: física y espiritual, porque la salud en las comunidades campesinas y el mundo andino se basa en el equilibrio de todo el ser, en la integralidad. Es así, cómo, muchas comunidades indígenas se han prevenido y curado del COVID-19, porque se han mantenido fieles a sus costumbres.

## DESAFIOS<sup>2</sup>

Manifestar más la capacidad de reacción comunitaria frente a las amenazas del sistema global.

Reforzar el espíritu comunitario y la empatía con los excluidos, amor a la vida, a la naturaleza, el valor de la reciprocidad.

Reforzar la espiritualidad de nuestra cultura ancestral y la cristiana que nos lleve a un compromiso en defensa de la cultura, el territorio, a la vida, a la participación en los intereses que nos afecta, y los derechos de los pueblos originarios.

El haber constatado que, durante el tiempo de cuarentena estricta, nuestra Tierra ha estado más respetada; nos deja ver una vida humana irresponsable y abusiva con nuestras aguas, nuestro aire, nuestras plantas y animales, nuestro suelo. Esta Pandemia es un “grito de la Tierra” que, los seres humanos debemos escuchar y responder buscando el equilibrio cosmoteándrico. La salud de los pueblos depende de la salud de la tierra, como escuchamos a la tierra, y si fuera posible como la defendemos. Tener encuentros sanadores, ser comunidades sanadoras. Si no defendemos a la Pachamama no hay futuro.

Ante este mundo individualista y materialista occidental; en estos tiempos de pandemia, no encerrarnos y ver al otro o a la otra como un peligro; continuar fortaleciendo los valores andinos: el *ayni*, la *mita*, la *minka*, la *wayka*<sup>3</sup>.

Reinventar una comunidad nueva, recreando nuestras formas de estar juntos/as, apostando por los pobres y la solidaridad, acogiendo la fragilidad y la muerte del ser humano como parte de la convivencia con la Pachamama.



## HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DE RESISTENCIA

Existe una espiritualidad de resistencia. Estilo de seguimiento de Jesús surgido de los desposeídos de poder social, político y económico actual; de sujetos/as que resisten al modelo económico destructivo, inspiradas/os por sus plurales expresiones religiosas y de sentido. Comunidades que, en vez de resignarse a su “suerte” han sacado de sus propias realidades vulnerables, de sus entrañas, de sus propios remanentes, fuerza, coraje y sabiduría, no sólo para enfrentar la vida, sino para levantar su voz de protesta y construir alternativas posibles. No sólo aisladamente sino, en solidaridad y en redes: entre diferentes credos, organizaciones, etc.

Esta espiritualidad ha sido gestada en el largo proceso de aguante y tenacidad ante la opresión y el olvido. Comunidades que, conscientes de estar “fuera” de lo que el mundo o el *statu quo* ve y tiene en cuenta, han reaccionado crítica y creativamente. Teniendo en presente su memoria y a la vez la convicción de un llamado de Dios hacia algo diferente, esto es un grito profético del Espíritu.

Una espiritualidad holística y relacional por naturaleza, fruto de una cosmovisión y de sus raíces profundas, de pueblos originarios que viven en la naturaleza, sus ritos nos comunican con lo profundo, la raíz, con la territorialidad que

somos: fuego-sol, agua- sangre, viento- aliento, tierra-cuerpo. Desde aquí, el mundo es un todo y el ser humano está inmerso en ese todo como parte, llamado a convivir en armonía según su Creador lo soñó. Y, por ello, todo lo existente tiene vida y está llamado a relacionarse en amigabilidad hacia una comunión: Creador-creaturas/creaturas-creaturas.

Una espiritualidad que no se queda en las palabras, en medio de un mundo individualista y consumista; sino que muestran su deseo de vivir la solidaridad y el compartir. En medio del afán de lucro y monopolios, se defiende –con las propias vidas- la participación y la justicia.

Con todo lo cual, es una espiritualidad donde no es posible separar de la fe, el compromiso político, las luchas sociales, la defensa de los valores culturales, la armonía personal y relacional de cada ser humano ¿Qué es esto sino intentar vivir en plenitud la Vida?

En América Latina, como bien dice G.Vigil<sup>4</sup>: “Necesitamos una reflexión y una espiritualidad eclesiológica práctica, serena y crítica, adulta y responsable, amorosa y a la vez profética, que preste a la gran Iglesia el servicio de sacudirla de su parálisis frente al autoritarismo, el miedo y la involución”. Donde la profecía no es un evento individual sino colectivo, no es el anuncio y la denuncia de “grandes cosas” sino el grito de la misma vida en sus múltiples

necesidades, desde las más primarias hasta las más profundas. Donde, como continua, Vigil: se trata de “acompañar no sólo a los más débiles, sino también a los/las más valientes”.

Es necesario unirnos al canto de Máxima<sup>5</sup>: “*No tengo miedo al poder de empresas. Por eso yo defiendiendo la tierra, defiendiendo el agua, porque eso es vida. Yo no tengo miedo al poder de las empresas*”. Saber que otro mundo es posible y que desde aquí y allá: estamos construyendo un pensamiento y práctica donde el saber teológico de los

pueblos víctimas del modelo económico de libre mercado capitalista dialoga con el saber teológico de quienes, con los pies en la tierra, con su apoyo directo, vital, desde su quehacer teológico profesional, se comprometen con las causas de la defensa de los territorios y no legitiman el poder dominante que genera exclusión, pobreza y muerte.



---

1-Extractos del XXX encuentro de Teología y Pastoral Andina. Vivencias andinas en tiempos de pandemia. (Bolivia-Argentina-Perú- 1 al 3 setiembre 2020).

2-Extractos del XXX encuentro de Teología y Pastoral Andina. Vivencias andinas en tiempos de pandemia. (Bolivia-Argentina-Perú- 1 al 3 setiembre 2020)

3-*Ayni* es una forma de ayuda mutua originada en los *ayllus*, una forma de comunidad basada en la familia extensa. *Mita*: Era un sistema de trabajo que se utilizaba en el imperio Inca en el cual se les obligaba a los varones de cada comunidad (*ayllu*) que tenían una edad comprendida entre los 18 y los 50 años a trabajar por turnos durante un determinado periodo de tiempo a favor del estado incaico. *Minka*: en castellano se pronuncia "*minga*" o "*minca*". Hace referencia a una antigua tradición de trabajo comunitario o colectivo con fines de utilidad social. *Wayka*: "trabajo en grupo para el bien común".

4-José María Vigil, Panamá, Publicado en papel en: "*Nuevamérica*" 88 (diciembre 2000) 30-35, Rio de Janeiro.

5-RT-Publicado: 19 abril 2016 11:59 GMT | Última actualización: 19 abril 2016 12:55 GMT. “Una campesina indígena peruana (47 años) se llevó este lunes una gran ovación del público estadounidense durante la entrega de un premio medioambiental tras cantar una canción sobre su lucha y pronunciar un breve discurso relativo a su batalla contra una transnacional”.

# La eucaristía y el cuerpo de las mujeres

Mucho se ha hablado de la eucaristía en este tiempo de pandemia. No se ha podido celebrar sacramentalmente, pero ha sido tiempo propicio para recordar que la liturgia es expresión de la vida, por tanto, aunque no podamos celebrarla sacramentalmente -nada ni nadie- nos ha podido privar de celebrarla existencialmente. Pero cuando hablamos de la vida, es preciso preguntarnos cuáles son los signos de los tiempos que hoy nos interpelan. Hay muchos desafíos, pero hoy queremos fijarnos en una de las realidades que han salido a la luz en este tiempo difícil: la violencia que se ejerce contra el cuerpo de las mujeres. En este sentido tenemos noticias muy tristes en la realidad colombiana.





El 21 de junio en la zona rural de Risaralda, siete soldados violaron a una niña *embera chami* de 13 años. Ante el estupor por este hecho, se supo también que, en septiembre de 2019, otra niña de 15 años de la etnia *nukak maku* había sido secuestrada y víctima de abuso sexual, por parte también de ocho miembros del ejército en Guaviare. Y, en la actualidad, hay 118 investigaciones abiertas contra militares por abuso sexual de menores desde 2016, a la fecha.

Con estos datos no queremos estigmatizar al ejército, pero si, hacer caer en cuenta de cómo la violencia sexual contra las niñas es una práctica muy habitual entre varones que ostentan poder pero que, formados en una sociedad patriarcal, no dudan en cometer esos delitos y, al hacerlo en grupo, muestran la concepción que tienen del sexo y del cuerpo de las mujeres. Y estas no son las únicas violencias.

En este tiempo de pandemia ha salido a la luz, una vez más, -en todos los países- la violencia doméstica que sufren tantas mujeres y más aún el feminicidio -asesinar a las mujeres por el hecho de ser mujeres-, con cifras tan alarmantes como 99 mujeres asesinadas violentamente en Colombia durante estos meses. El cuerpo de las mujeres es un cuerpo que ha sido históricamente violentado, ultrajado, golpeado, explotado, violado, asesinado. Lamentablemente las religiones no han contribuido demasiado a cambiar esa visión sobre la mujer. El cuerpo de las mujeres se ha visto con recelo y, en muchos casos, como fuente de pecado.

Los movimientos feministas a nivel social y las teologías feministas al interior de las iglesias, vienen trabajando desde hace décadas por cambiar esta realidad, exigiendo y alcanzando los derechos civiles, sociales, económicos, culturales, religiosos que pertenecen a las mujeres por su propia dignidad, pero que se les han negado por siglos y, aún hoy, se tienen que seguir luchando -si no es en la legislación- si en las prácticas, imaginarios, estereotipos que se manejan en muchos ambientes.

Este cuerpo de las mujeres, ultrajado hasta el día de hoy, no es ajeno al cuerpo de Cristo del que nos habla San Pablo (1Cor 12, Rom 12). Ese cuerpo con diversos miembros, cada uno aportando su propia riqueza, ha de vivir esa unidad real que supone que “si un miembro sufre, todos los demás sufren con él”. Por eso, la realidad de las mujeres no puede ser ajena a la comunidad cristiana. Ha de estar en su corazón y no se puede descansar hasta transformarla.

Ahora bien, en la Eucaristía recibimos el cuerpo de Cristo. Pero no el cuerpo abstracto de Jesús. Recibimos su cuerpo real y en ese cuerpo hay muchos miembros que sufren. ¿Somos conscientes de ello? ¿Qué compromiso se desprende de esta realidad? No solo las mujeres son estos miembros que sufren -hay demasiados miembros padeciendo injusticia social, discriminación, etc.- pero en esta reflexión nos estamos deteniendo en la violencia contra las mujeres

¿Hemos pensado, alguna vez, en nuestras múltiples eucaristías, en este cuerpo ultrajado y asesinado de las mujeres?

En la eucaristía comulgamos para transformarnos en aquello que recibimos. Así lo expresaba San Agustín: “Yo soy el alimento de las almas adultas; crece y me comerás. Pero no me transformarás en ti como asimilas los alimentos de la carne, sino que tú te transformarás en mí”. Eso supone que la realidad de los miembros que sufren en el cuerpo de Cristo ha de formar parte de nosotros mismos, exigiéndonos un compromiso efectivo y afectivo con su transformación. El cuerpo de Cristo ha de estar sano, libre, vivo, pleno. Y mientras todos los miembros no gocen de esas realidades, nuestra comunión ha de significar compromiso con esa transformación. ¿Son esos los frutos de nuestra comunión?

En la eucaristía nos unimos como pueblo de Dios, hacemos real la comunidad. Pero la comunidad no es estar juntos en el mismo lugar sino comprometernos porque en esa comunidad “nadie pase necesidad” (Hc 2. 42-47). ¿Cómo ha avanzado la justicia con las mujeres en la sociedad y en la Iglesia? ¿Podemos celebrar la eucaristía y no comprometernos con esa realidad?



Todo lo anterior ya habla de este compromiso de vida que implica participar de la eucaristía. Pero mejor que el propio apóstol Pablo nos hable del modo de celebrarla: “Así pues, cualquiera que come del pan o bebe de la copa del Señor de manera indigna, comete un pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor. Por tanto, cada uno debe examinar su propia conciencia antes de comer el pan y beber de la copa (...) Por eso muchos de ustedes están enfermos y débiles, y también algunos han muerto. (...) Así que, hermanos míos, cuando se reúnan para comer, espérense unos a otros. Y si alguno tiene hambre que coma en su propia casa, para que Dios no tenga que reprenderlos por esa clase de reuniones ...” (1 Cor 11, 27-32). Podríamos preguntarnos ¿por qué tantas eucaristías sacramentales no nos han hecho mejores cristianos? ¿Por qué no nos comprometemos más con la comunión de bienes -justicia social- y la dignidad de todos los miembros del cuerpo de Cristo? ¿No será este tiempo de pandemia, ocasión propicia para revisar nuestra praxis existencial para volver a la praxis sacramental a comulgar el cuerpo de Cristo y no nuestra propia condenación? Me parecen muy fuertes las palabras de Pablo, pero muy reales. Recibir el cuerpo de Cristo no nos deja indiferentes frente a ninguna realidad que desdiga del plan de Dios. Por lo tanto, no puede dejarnos indiferentes frente al cuerpo ultrajado y asesinado de tantas mujeres y exige nuestro compromiso por restaurarlo.

# ¿Y si aprendiéramos más de la vida contemplativa?

Una amiga me comentó que, como fruto de la cuarentena, había descubierto que no habría servido para la vida religiosa de clausura. Ella sentía que necesitaba salir, estar en la calle, sentir ruido, escuchar voces, ver gente, etc. Tal vez muchas personas han sentido esto mismo sin relacionarlo explícitamente con la vida contemplativa pero el comentario me hizo pensar en el valor y sentido de tal opción.





No puedo hablar con propiedad sobre esa vocación específica porque quienes la viven son los que pueden aportar lo mejor de esa experiencia. Pero desde la pregunta ¿qué sentido puede tener ese estilo de vida o qué aporta a la sociedad y a la iglesia? algo me atrevo a comentar.

La vida contemplativa, para los creyentes, es signo de lo “absoluto” de Dios. Sólo Él es lo definitivo porque todo lo demás pasa, muere, termina, acaba. Por eso, la vida contemplativa nos habla de ese mirar a lo esencial, de lo que permanece cuando todo lo demás se va. De alguna manera hace eco de la primera carta de Pablo a los Corintios: “Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Pero el amor no acaba nunca” (1 Cor 13,8-9).

De aquí surge una pregunta fundamental para la vida cristiana: ¿qué es lo esencial de mi ser, de mi fe, de mi vida? ¿Qué amor es el que le da sentido y valor a mi existencia? ¿Qué tanto amor ven los demás en mí? ¿Dirían que soy una persona que da amor, reparte amor, es amor?

La vida contemplativa también nos habla de la oración o de esa capacidad de entrar en el Castillo interior que tiene muchas moradas -como diría Santa Teresa- y llegar al centro donde está Dios: “en el centro y mitad de todas éstas (las moradas), tiene la más principal, que es a donde pasan las

cosas de mucho secreto entre Dios y el alma” (Moradas, 1,3). ¿Qué vida de oración acompaña mi experiencia de fe?

Teresa dice que orar no es hablar mucho sino amar mucho. Una vez más esa definición de oración, me recuerda ese afán de abrir los templos, tal vez para “hablar mucho” pero no sé sí para “amar mucho”. Ahora bien, ese amor se expresa en gestos, actitudes y, por supuesto, en palabras. Pero no las de la repetición inconsciente. Las palabras a las que se refiere la santa son las que establecen diálogo “porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quién pide y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios” (Moradas 1, 7).

La oración es tan importante en la vida de fe que se valoran muchos los tiempos dedicados a los retiros espirituales. Hay personas que con gran emoción hablan de haber hecho “un mes de ejercicios espirituales”. Otros se alegran por la semana, el día, la mañana de oración. Lo que es cierto es que esas experiencias pueden hacer mucho bien a las personas. (Hay que advertir que hay retiros de muchos tipos y conviene discernir qué tipo de espiritualidad ofrecen. Algunos, lamentablemente, solo explotan la afectividad de las personas para coaccionarlas a su pertenencia al grupo; otros alejan de la realidad. Pero aquellos que facilitan el encuentro con Dios, son mediación valiosa para alimentar la espiritualidad).

Nadie nos impide hacer de esta cuarentena un tiempo fecundo de silencio, de interioridad, de reflexión, de encuentro con el Dios que nos ama. Tal vez no hace falta buscar los espacios de retiros sino acoger los que la vida nos regala.

La vida contemplativa nos habla de silencio y soledad. Pero no de un silencio mudo ni de una soledad solitaria. Sino del silencio fecundo que crea experiencias profundas porque se “meditan en el corazón” (Lc 2, 19) y una soledad acompañada por esa presencia que le hace exclamar al salmista: ¿Adónde iré lejos de tu espíritu, adónde podré huir de tu presencia? Si subo hasta el cielo, allí estás tú, si me acuesto en el Seol, allí estás. Si me remonto con las alas de la aurora, si me instalo en los confines del mar, también allí tu mano me conduce, también allí me alcanza tu diestra (Sal 139, 7-10).

La vida contemplativa nos habla de trabajo sencillo en el que la persona puede volcar su propio ser. No del trabajo que desgasta y solo busca producir para tener más.

La cuarentena ha develado el trabajo injusto y que roba la dignidad de las personas porque no tiene condiciones adecuadas y mucho menos un salario justo. A la luz de ese trabajo callado que hacen las/os contemplativas/os, se puede comprender la urgencia de recuperar una vida para trabajar y no un trabajar para “sobrevivir”.

La vida contemplativa nos habla de la libertad del consumismo, de la agitación de todos los días, del tumulto de las grandes ciudades, del sofoco del transporte masivo, de todo aquello que se ha vuelto modo de vida pero que podría ser distinto. ¿No podemos vivir sin centros comerciales para ver vitrinas, sin espectáculos masivos para desahogar, muchas veces, la insatisfacción personal y social?

En fin, hoy poca gente se entera de que hay conventos de clausura, porque hay menos o porque no son tan relevantes en las grandes ciudades o porque todo nos impulsa a mirar para afuera y no para dentro. Pero estos están ahí, siguen dando testimonio de lo fundamental y una cuarentena como esta, nos puede invitar a mirarlos de nuevo y aprender de ellos lo único absoluto: Dios mismo que nos da la vida y la sostiene en todas las situaciones -incluida esta cuarentena- si dejamos que sea Él quien dé sentido a este momento presente, sin angustias, sin miedos, sin temores, porque la fe nos fortalece, como lo expresa Pablo en la Carta a los Romanos: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?, (...) Pero en todo esto salimos más que vencedores gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro”. (Rom 8, 35-38).



Comisión de Teólogas de América Latina

---

Septiembre 2020

---

institución teresiana